

## El poder de servir. Condiciones y virtudes que requiere el servicio

Alfredo Rodríguez Sedano \*

**Resumen:** No cabe duda de que el servicio es un tema medular en la sociedad actual. La fecundidad del servicio se percibe día a día en su eficacia transformadora. El objetivo que nos proponemos en este artículo es tratar de discernir cuáles son las condiciones que estimulan el espíritu de servicio y, a su vez, las virtudes que fomentan cada una de esas condiciones. De este modo podremos estimular el espíritu de servicio que es inherente a la acción humana. Inicialmente centramos la atención en la persona que lleva a cabo el servicio y lo hace a través de una acción, manifestando en la acción bien hecha la eficacia transformadora de quienes le rodean y de lo que le rodea. A continuación abordamos una de las mayores dificultades con las que tropieza el servicio: el estupor. El estupor ayuda a percatarse de que hoy en día vemos en las personas una incapacidad para conocer lo real, mientras que el servicio conlleva un hacerse cargo de la realidad, un saber materializar las ideas, y hacer operativos los proyectos. A continuación se aborda una propuesta acerca de las condiciones que exige el servicio desde el carácter personal – desde quien lo lleva a cabo- y cuáles son las virtudes que reclaman esas condiciones para el recto ejercicio del servicio. En dicha propuesta no se trata de percibir esas condiciones como un modelo cerrado. Esa visión es todo lo contrario a lo que representa y es el ser humano quien lleva a cabo un trabajo en el que procura perfeccionarse a través del ejercicio de las virtudes. Una de las consecuencias que se pueden derivar de lo propuesto es que el servicio no es condición del trabajo sino de quien trabaja. Finalmente veremos cómo la clave del servicio hay que situarla en el amor personal. Un amor personal que posee tres dimensiones, distintas jerárquicamente entre sí en el hombre, que de mayor a menor son: aceptar, dar y don. Las tres dimensiones del amor personal, nos ponen sobre la pista de que el amor humano es un amor interesado. Aquel amor cuyo interés consiste en interesarse por y, por tanto, establecer un lazo de unión, de comunidad, donde el dar y aceptar comportan un don. Es la apertura a un alguien.<sup>1</sup>

**Palabras clave:** servicio, virtudes, amar, persona

**Abstract:** There is no doubt that service is a central issue in today's society. The fruits of service are perceived on a daily basis, in its transforming efficacy. The goal of this article is to discern which are the conditions that stimulate the spirit of service, as well as the virtues that promote these conditions. In this way we can foster the spirit of service that is inherent to human

---

\* [arsedano@unav.es](mailto:arsedano@unav.es)

Universidad de Navarra. España.

<sup>1</sup> Las ideas de la primera parte de este artículo las tomo de otro titulado: *El ethos docente, cauce de innovación en la Institución educativa*, que será publicado próximamente. En ese artículo trato de aplicar las condiciones que aquí se ven en el servicio a la innovación.

action. Initially we focus on the person who carries out the service through an action, displaying in the well done action the transforming efficacy of those who are around her and her surroundings. Later on we address one of the major difficulties faced by service: lethargy. This element helps us to realize that today we see in the people an inability to know what is real, while service involves taking responsibility for the reality and knowing how to materialize the ideas and operationalize the projects. Afterwards we address a proposal on the conditions required by service and the virtues that are necessary for its proper exercise. This proposal does not perceive these conditions as a closed model. That would be a vision opposed to what the human being is, as the subject who performs a job in which he seeks perfection through the practice of virtue. One of the consequences that may result from our proposal is that the service is not a condition of the work, but a condition of the person who works. Finally we will see how the key of service is placed in personal love. Personal love has three dimensions hierarchically different in human beings. From highest to lowest, they are: accepting, giving and gift. The three dimensions of personal love put us on the track to understand that human love is an interested love. It is a love whose interest is to be interested in, and, therefore, to establish a bond of union and community, where giving and accepting are a gift. It is self-opening to someone.

**Keywords:** service, virtues, love, person

*El verdadero poder es el servicio.* Con estas palabras, el Santo Padre Francisco empezaba su ministerio petrino el pasado 19-III en la plaza de San Pedro. El calado de esta expresión está fuera de toda duda. La fecundidad del servicio se percibe día a día en su eficacia transformadora. La clave está en darse cuenta de que quien lleva a cabo el servicio es una persona –que es quien es capaz de aportar, de ofrecer- y lo hace a través de una acción, manifestando en la acción bien hecha la eficacia transformadora de quienes le rodean y de lo que le rodea.

Sin embargo, algo tan querido como es el servir se presenta difícil de lograr porque ignoramos las condiciones que exige el servicio desde el carácter personal y cuáles son las virtudes que reclaman esas condiciones para el recto ejercicio del servicio. Se trata de responder a una cuestión que está en boca de mucha gente que desearía no sólo llevar a cabo el servicio, sino fomentarlo en quienes le rodean: “no está muy claro cómo se estimula el espíritu de servicio”.

### **1. La dificultad en el servicio: el estupor**

De acuerdo con el marco social en el que se inscribe el servicio, el individualismo no es la mejor receta para la solución de los problemas a los que hemos de afrontar (Beck, 2012). La apertura al mundo en el que vivimos, dotando a la acción humana del sentido de finalidad que le es propio, constituye la mejor forma de afrontar los nuevos retos y las nuevas oportunidades. Dicho de otro modo, el servicio conlleva un hacerse cargo de la realidad, un saber materializar las ideas, y hacer operativos los proyectos. “Y esto se logra por una especie de conocimiento por connaturalidad, porque el latir del conocimiento vibra con el mismo ritmo que el latir de la realidad” (Altarejos, Rodríguez, & Fontrodona, 2007).

La verdad exige capacidad de admirarse, de ver novedosamente la realidad, porque lo que conlleva la admiración es la atención mantenida hacia la realidad.

Una dificultad inequívoca con la que choca el servicio es sin duda la actitud de estupor ante la complejidad que, en el mejor de los casos, nos hace ser testigos mudos de la realidad (Polo, 2002). El estupor ayuda a percatarse de que hoy en día vemos en las personas una incapacidad para conocer lo real. En otras palabras aquello que constituye una necesidad básica real que debe ser satisfecha. La proliferación de actitudes a las que llamamos servicio desconectados del bien común, constituyen una verdadera dificultad para entender qué es claramente el servicio.

### **2. Condiciones y virtudes de quien lleva a cabo una acción de servicio**

Veamos a continuación una propuesta acerca de las condiciones que exige el servicio desde el carácter personal –desde quien lo lleva a cabo- y cuáles son las virtudes que reclaman

esas condiciones para el recto ejercicio del servicio. Estas condiciones de las que pasaremos a tratar son una primera aproximación a la cuestión que se señalaba anteriormente: “no está muy claro cómo se estimula el espíritu de servicio”.

### **2.1. Actitud permanente de apertura a lo real**

La primera condición que se requiere es *una actitud permanente de apertura a lo real*. El servicio viene inicialmente marcado por una necesidad de satisfacción de necesidades (propias y ajenas), liberándose quien lleva a cabo una acción de servicio de su propio enclaustramiento para dirigir su inteligencia, su voluntad y sus sentidos –en la forma de apertura personal- al otro u otros en los que observa una necesidad como objetivo principal. Este componente de servicio que conlleva la apertura se relaciona con la virtud de la sagacidad, “hábito por el que de pronto se sabe hallar lo que conviene” (S. Th. II-II, q. 49, a.4), pero también con la *templanza* (S. Th, II-II q.141 a.1) y la *esperanza* (S. Th. II-II, q. 128, a.1, ad.2) en la medida en que la primera radica en este significado de moderación, mientras que la segunda es deseo y confianza. Junto a estas virtudes, la actitud de apertura guarda también una particular relación con la virtud de la *humildad*, lo cual resulta coherente, inicialmente, para salir del propio enclaustramiento y de ese modo la apertura a la necesidad real pueda responder a las necesidades ajenas. “La humildad es alguna disposición para el libre acceso del hombre en los bienes espirituales y divinos” (S. Th. II-II, q. 161, a. 5, ad. 4). Es decir, es un camino abierto hacia aquello que está más allá de nosotros mismos. La virtud de la humildad es tan importante que su existencia “supone la conservación y fundamento de las otras virtudes en su ser” (*In III Sent.*, d. 33, q. 2, a. 1; q. 4, ad 3). Es decir, la importancia de esta virtud no sólo debe tomarse en cuanto se considera en sí misma, sino también en relación con las demás virtudes, puesto que las potencia y refuerza de forma que la humildad presupone la existencia de las otras virtudes en el ser humano, virtudes que se reflejan en su modo de ser y actuar. Esta primera condición ayuda a superar el abismo en la relación en la medida en que quien lleva a cabo una acción de servicio es convocado, por las necesidades ajenas, a buscar nuevas oportunidades y alternativas que hagan factible esas oportunidades. La actitud de apertura manifiesta el ofrecimiento que conlleva el dar.

### **2.2. La relación**

La segunda condición que se requiere es precisamente *la relación*. Afirman Altarejos y Naval que “la relacionabilidad, comunicabilidad o transcendencia de la persona no son sino diferentes nombres de su apertura constitutiva, que puede también denominarse como coexistencia” (2004, pág. 175). Conforme nos abrimos crece también la cercanía e intimidad

entendiendo que "la intimidad no es la clausura de la subjetividad en sí misma, sino, por el contrario, es el núcleo de la radical apertura del ser personal a otras personas" (Altarejos & Naval, 2004, pág. 179), afianzando de este modo las disposiciones iniciales que se observan en la primera condición.

Comienza un auténtico proceso de trato personal y conocimiento que ha de culminar en la satisfacción de necesidades y en la mejora de quien sirve. La coexistencia, como apertura, va tomando forma de relación (Polo, 1991). En esta forma se da, por parte de quien sirve, un fuerte componente de lucha personal –*ascesis*–, de ejercicio de las virtudes –especialmente de la *fortaleza* (S. Th. II-II, q. 123, a. 1), *amistad* (S. Th. II-II, q. 23, a. 2) y *constancia* (S. Th. II-II, q. 137, a. 3, ad.3)–, en el afianzamiento de la disposición interior para llevar a cabo la innovación. Pero lo más valioso de la relación nos lo da la coexistencia que nos permite captar la necesidad y satisfacerla como realmente requiere serlo. La coexistencia confiere a la relación todo su sentido, su pleno valor, superando el procedimentalismo, o mejor dicho, entendiendo el procedimiento en la correcta interpretación medios-fines. La coexistencia, ese ser-con-otro, convoca a quien sirve a participar en la necesidad del otro.

### 2.3. La ciencia

La tercera condición sería *la ciencia* que posea quien lleva a cabo una acción de servicio. La apertura y la relación introducen a quien sirve por caminos de intimidad, de esfuerzo personal y de ejercicio de las virtudes. Pero quien sirve se desenvuelve en un contexto personal, educativo, familiar, social y cultural determinado. Esa condición personal de cada uno y su contexto se manifiesta en el resultado de la acción de servir y asumido por quien acepta ese servicio. Para ayudarnos a desenvolvernos en ese entorno está esta condición. Su finalidad teórica es iluminar acerca de la verdad del ser humano –como ser que experimenta necesidades– y el mundo en el que habita e incide la acción de servicio humanizándolo. Para ello el entendimiento penetra y capta la verdad.

La virtud que se precisa es la veracidad, virtud que “designa la verdad en las palabras y en los gestos, es decir, la conformidad de lo que se cree o piensa con el comportamiento externo” (S. Th. II-II, q. 109, a.1). Y junto a la veracidad la justicia, “ordenar al hombre en las cosas que están en relación con el otro” (S. Th. II-II, q. 57. a. 1). Entre estas dos virtudes hay una mutua relación. Efectivamente, “la virtud de la verdad coincide con la justicia en dos notas: una, en lo de referirse a otro. Y, en efecto, manifestar es acto de la verdad dirigido a otro en cuanto que un hombre es a otro a quien expone lo que lleva en sí. La segunda, en cuanto que la justicia establece cierta igualdad entre las cosas, que es lo mismo que hace la verdad al establecer una ecuación

entre los signos y la realidad de lo que hay en su interior (...) la verdad es parte de la justicia en cuanto que, como virtud secundaria, va aneja a ella como a virtud principal” (S. Th. II-II, q. 109, a.4).

La finalidad práctica de la ciencia será formar sobre la verdad un juicio recto que ordene a la adhesión de la verdad y la repulsa de errores opuestos. Pero la ciencia sin el consejo equivocaría su dimensión práctica, ya que la misión propia del consejo radica precisamente en considerar la aplicación práctica del juicio recto formado sobre la verdad a las acciones singulares. Esta tercera condición es clave en la solución práctica y teórica para que el servicio adquiera el sello personal de quien sirve. La ciencia comienza a dar sus mejores frutos cuando la apertura y la relación facilitan a quien lleva a cabo una acción de servicio entrar en sintonía con las necesidades reales que ha de satisfacer.

#### 2.4. La fortaleza

La cuarta condición que se requiere es *la fortaleza*. Con la apertura, relación y ciencia quien lleva a cabo una acción de servicio se encuentra embarcado en el esfuerzo por lograr el objetivo pretendido. Santo Tomás (S. Th. II-II, q. 123, a.6) enseña que la fortaleza se hace presente en dos actos fundamentales: *aggredi* y *sustinere*, enfrentarse con los peligros que pueda comportar la realización del bien, y soportar las adversidades que sobrevengan por una causa justa. En el primer caso encuentran su campo de actuación la *valentía* y la *audacia*; en el segundo, la *constancia* y la *perseverancia*. La perseverancia es la virtud que nos ayuda en la práctica del bien a pesar de las dificultades provenientes de la diurnidad (espacio dilatado de tiempo). Como afirma el Aquinate “la perseverancia es virtud especial, cuyo objeto es soportar tanto cuanto sea necesario la larga duración de estas u otras obras virtuosas” (S. Th. II-II, q. 137, a.1). La constancia “hace que permanezca firme en lo mismo contra la dificultad proveniente de todos los otros impedimentos externos” (S. Th. II-II, q. 137, a.3). Tanto la perseverancia como la constancia son partes potenciales de la fortaleza.

Conviene, no obstante, hacer una precisión para entender la distinción entre la constancia y la perseverancia. La constancia coincide con la perseverancia en cuanto al fin, pero difiere en cuanto ayuda al sujeto a practicar el bien, a pesar de los obstáculos exteriores (S. Th. II-II, q. 137, a.3, ad.3). Tanto la perseverancia como la constancia radican en el apetito irascible y son partes de la fortaleza (q. 137, a.2, ad.3)

De manera clara lo afirma el Aquinate, cuando señala que

la perseverancia y la constancia coinciden en cuanto al fin, porque lo que se proponen la una y la otra es mantenerse firmes en la práctica de alguna obra buena. Difieren, sin

embargo, en los impedimentos que hacen que resulte difícil la persistencia en el bien obrar, pues la virtud de la perseverancia lo que propiamente hace es que el hombre permanezca en el bien a pesar y en contra de la dificultad que proviene de la larga duración del acto; en cambio, la constancia hace que permanezca firme en lo mismo contra la dificultad proveniente de todos los otros impedimentos externos. Por consiguiente, entre estas dos partes de la fortaleza —la perseverancia y la constancia—, la perseverancia es la principal, ya que la dificultad procedente de la larga duración del acto es más esencial al acto de virtud que la que proviene de los impedimentos externos (S. Th. II-II, q. 137, a.3).

Ahora bien, quien afronta con fortaleza este camino es capaz de superar con garantías de éxito la tarea comenzada. El servicio que demanda el trabajo es tarea común a la que todos están convocados por la coexistencia en la que se desenvuelve el trabajo. En la fortaleza encuentra quien lleva a cabo una acción de servicio los medios necesarios para la realización de esa acción que por sí mismo es incapaz de hacer. Señalar esta condición en cuarto lugar tiene un sentido que es preciso aclarar. Desde la perspectiva gradual de la vida son los años centrales quienes más necesitados están de esta condición. La experiencia, buena consejera, puede jugar a la contra. La incertidumbre en la que se desenvuelve el servicio requiere en esa etapa de la vida superar los obstáculos que se presentan, afrontar objetivos más ambiciosos. En esos años, la perseverancia, la paciencia (Norling, 2009), la constancia en la lucha contra los propios defectos adquiridos, en ayudar con más efectividad en la satisfacción de necesidades, exigen un ejercicio especial de la fortaleza que no se presenta en los inicios. Son momentos en la vida de las personas en las que puede darse mayor conformismo si se olvida la primera condición. Quizás por esta razón sea esta condición la que asegure y estimule, en todo momento, la acción de servir.

## 2.5. Solicitar consejo

La quinta condición que se precisa es *la de solicitar consejo*. Hemos de acudir a los demás porque, por mucha ciencia que tengamos, la complejidad de tantos sucesos “exige tener en cuenta muchos factores, difícilmente observables por uno solo, que pueden ser en cambio percibidos con más seguridad por varios, porque lo que uno no advierte, se le ocurre a otro” (S. Th. I-II, q. 14, a.3c). Y en otro momento señala el Aquinate (S. Th. I-II, q. 49, a.3c) que “en materia de prudencia el hombre necesita aprender de otros”, porque no se basta a sí mismo; por eso, “el primer acto de prudencia es aconsejarse” (S. Th. I-II, q. 47, a.8), acudir a la experiencia de los demás, solicitar su consejo (Birmingham, 2004). Hacer partícipes a los demás, quienes le rodean, de esa acción de servicio, es leer en la interioridad del otro y enriquecer la propia intimidad. Esta

virtud precisa de dos virtudes esenciales: la *humildad* –no fiarse del propio juicio- y la *docilidad* –saber compartir criterios distintos de actuación-. Mediante el consejo quien lleva a cabo una acción de servicio se pone en condiciones de acertar en la buena decisión a través de acontecimientos aparentemente intrascendentes. En esta condición emerge la incertidumbre que acompaña a la innovación. Asumir o no un consejo es asumir el riesgo propio de la incertidumbre. Sin embargo, las condiciones anteriormente señaladas amortiguan, de algún modo, esa inseguridad y especialmente la *prudencia* como “facultad perfectiva de toda virtud moral” (S. Th. II-II, q. 166, a.2, ad 1). Si la primera condición resalta el carácter de servicio como condición previa para que pueda darse la acción innovadora, solicitar consejo es imprescindible para llevar a buen término esa acción. No obstante, esta condición no elude la libertad en el seguimiento o no del consejo y la responsabilidad que se asume en la decisión que se tome.

De la apertura al consejo se han enunciado una serie de condiciones de las que se desprenden las virtudes que ha de vivir quien desea servir. De modo esquemático las condiciones y virtudes quedan reflejadas en el siguiente cuadro.

<b>Condiciones y virtudes que se requieren para el servicio</b>	
<b>Condiciones</b>	<b>Virtudes</b>
<i>Una actitud permanente de apertura a lo real</i>	<i>Sagacidad, Templanza, Esperanza y Humildad</i>
<i>La relación</i>	<i>Fortaleza, Amistad y Constancia</i>
<i>La ciencia</i>	<i>Veracidad, Justicia</i>
<i>La fortaleza</i>	<i>Valentía, Audacia, Paciencia y Perseverancia</i>
<i>Solicitar consejo</i>	<i>Prudencia, Humildad y Docilidad</i>

Fuente: Alfredo Rodríguez 2012, *pro* manuscrito

No se trata de percibir esas condiciones como un modelo cerrado. Esa visión es todo lo contrario a lo que representa y es el ser humano quien lleva a cabo un trabajo en el que procura perfeccionarse a través del ejercicio de las virtudes. Precisamente al resaltar la virtud, y ser ésta una característica específicamente humana en la medida en que comunica y da sentido al trabajo, el servicio puede y debe pedirse a cualquiera que lleva a cabo un trabajo u otra actividad que contribuye a la mejora social. En otras palabras, el servicio no es condición del trabajo sino de quien trabaja. El servicio abarca a todos los ámbitos de la esfera social. Es por ello por lo que las condiciones señaladas son válidas para cualquiera de los ámbitos en los que se lleve a cabo ese tipo de acción.

### 3. La clave del servicio es el amar personal



A primera vista, de acuerdo con lo señalado hasta ahora podríamos decir que la cuestión que nos planteábamos en un inicio queda resuelta. En parte sí y en parte no. Es cierto que a través de las virtudes se logra un crecimiento esencial que mira a quien ejerce la virtud: la persona; y entonces podemos decir que las personas crecen a través de las virtudes. Sin embargo, dado que la apertura hacia el otro es limitante, pues limitados son quien se abre como a quién se abre, habrá que decir que es un crecimiento limitado e imperfecto para lo que el ser humano debe alcanzar.

Si hasta ahora hemos puesto el énfasis en la virtud, la clave del servicio hay que situarla en el amar personal. El amar personal no es el querer de la voluntad, pues esta potencia reclama aquello de lo que carece ya que el objeto de la voluntad es el bien, por eso se quiere algo y se ama a alguien. “En la persona humana el amar está en el orden del acto de ser y, por tanto, es superior al amor de deseo o a su versión sentimental. El amar como trascendental personal es también superior al bien trascendental y, por consiguiente, el amor como acto voluntario es superior a la fruición del bien” (Polo, 1999, pág. 376). En este sentido, el amor personal no es carente, sino sobreabundante; por eso se entrega. El amor personal posee tres dimensiones, distintas jerárquicamente entre sí en el hombre, que de mayor a menor son: aceptar, dar y don. “El dar y el aceptar comportan el don. Esto quiere decir, en definitiva, que la estructura del dar es trina y no dual. Sin embargo, como la persona humana es dual o coexistente, pero de ninguna manera trina, el hombre necesita de su esencia para completar la estructura donal. El hombre solo puede dar dones a través de su esencia” (Polo, 1999, págs. 220-221). Ahí se manifiesta el servicio. Cada persona humana es, como criatura y en primer lugar, un aceptar amante respecto de Dios (también respecto de los demás); es, en segundo lugar, un dar, o sea, una entrega amorosa personal respecto del Creador y de los demás; y en tercer lugar, es un don amoroso respecto de ellos.

Las tres dimensiones del amar personal, nos ponen sobre la pista de que el amor humano es un amor interesado. Aquel amor cuyo interés consiste en interesarse por y, por tanto, establecer un lazo de unión, de comunidad, donde el dar y aceptar comportan un don. Es la apertura a un alguien. Mientras que si nos abrimos a un algo, nos abrimos a lo que es inferior y se da la degradación de quien se abre. En esta segunda apertura no cabe el servicio. El amor interesado –ese amor que se interesa por- se trunca en la medida en que el interés se vuelve interesado. La mirada ya no se dirige hacia el otro sino que permanece en la búsqueda de uno mismo. Es la manifestación egoísta de quien ama interesadamente por lo que desea alcanzar.

¿Qué se requiere para que el amor interesado realmente se interese por, cree esos lazos de comunidad y sea interesante en las relaciones personales para quienes nos abrimos? Lo que se

requiere es que ese amor interesado sea cada vez más desinteresado. ¿Puede el amor interesado volverse desinteresado? Obviamente, el amor desinteresado es el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros. Es desinteresado porque no necesita de nosotros para incrementar o perfeccionar su capacidad de amar. En este sentido no cabe que un amor interesado se vuelva desinteresado, ya que el amor desinteresado es propio y exclusivo de Dios.

No obstante un amor humano auténtico trata de imitar ese desinterés en la medida en que se abre al verdadero amor desinteresado y, de ese modo, el interés se vuelve cada vez más desinteresado en el sentido de no esperar nada a cambio. Sin embargo, sostiene Tomás de Aquino que la correspondencia es intrínseca al amor humano. Por tanto, renunciar a ella es ilegítimo, no sólo en sentido moral, sino ontológicamente. Un amor no correspondido es monstruoso; por tanto, hablando en absoluto, no existe (Summa contra gentes, L. III, cap. 151).

La observación de Tomás de Aquino nos pone sobre la pista: sin correspondencia el amar no es un trascendental, no tiene cabida ni el aceptar, ni el dar, ni el don. Y cabría decir que, ante la ausencia del amor personal, las acciones humanas carecen de ese sentido moral. La correspondencia pone de manifiesto que la persona se abre a un alguien, pues lo propio de la persona es amar.

De otro modo lo señala Polo, cuando afirma que lo más característico del hombre como ser personal es “la asimilación adverbial al Hijo. ¿Ser hijo de Dios tiene significado moral? Sí: comportarse como hijo. La filiación tiene un sentido trascendental –aceptar y dar–, y un sentido moral, en tanto que el comportamiento filial es de orden esencial. Con otras palabras, la moral no es trascendental, sino que deriva de los trascendentales personales, y aparece en tanto que el hombre actúa” (Polo, 1999, pág. 228).

Las virtudes cobran sentido, por consiguiente, desde el amar personal. Una vida no amada no puede ser virtuosa. Un amor interesado que *se interesa por* es la funcionalización del amor. Y en ese crecimiento, la sociedad debe facilitar que el servicio pueda manifestarse con toda su amplitud. Efectivamente, “El hombre es esencialmente social. Y eso quiere decir, por lo pronto, que la sociedad permite y ha de favorecer el crecimiento moral. Sin interaccionar sería muy difícil adquirir virtudes (...) su naturaleza es moralmente perfeccionada por la interacción” (Polo, 1999, pág. 206).

Y justamente en el crecimiento moral y su anclaje en el amor personal, radical el poder del servicio. “Atender a las necesidades humanas es un deber moral, que abarca tanto el necesitar propio como el ajeno. En todas las épocas las virtudes morales se adquieren en la medida en que se colabora” (Polo, 1999, pág. 206).

## Bibliografía

- Altarejos, F., & Naval, C. (2004). *Filosofía de la Educación*. Pamplon: Eunsa.
- Altarejos, F., Rodríguez, A., & Fontrodona, J. (2007). *Retos educativos de la globalización. Hacia una sociedad solidaria*. Pamplona: Eunsa.
- Aquino, T. d. (s.f.). *Commentarii in quattuor libros Sententiarum* .
- Aquino, T. d. (s.f.). *Suma Teológica*.
- Aquino, T. d. (s.f.). *Summa Theologiae*.
- Beck, U. (2012). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Birmingham, C. (2004). Phronesis. A model for pedagogical reflection. *Journal of Teacher Education* 55, (4), 313–24.
- Norling, P. M. (2009). In Innovation, Is Patience a Virtue? *Research-Technology Management*, 52, (3), 18-23.
- Polo, L. (1991). La coexistencia del hombre, El hombre: Inmanencia y trascendencia. *Polo, L. Actas de las XXV Reuniones Filosóficas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, vol. I*, 33-45.
- Polo, L. (1999). *Antropología Trascendental. La persona humana*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2002). *Introducción a la Filosofía*. Pamplona: Eunsa.